



IDEOLOGÍA Y REVOLUCIÓN

LA ETERNA DISPUTA ENTRE CAÍN Y ABEL

F. J. Zamorano

IDEOLOGÍA Y REVOLUCIÓN

LA ETERNA DISPUTA ENTRE CAÍN Y ABEL



Primera edición: febrero 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© F. J. Zamorano

ISBN: 979-13-87612-40-5

ISBN digital: 979-13-87612-41-2

Depósito legal: M-2627-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Para Andrea, Mireia, Ana y Víctor

*Mi profundo agradecimiento a Eduardo Cacho
por corregirme frases y pasajes del libro
con gran acierto y amabilidad.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	11
ESPACIO DE IDEOLOGÍAS.....	15
1: IDEOLOGÍAS E IDEÓLOGOS.....	17
2: APOTEOSIS DE MARX.....	33
3. SECUELAS Y SECUACES.....	65
4. TIEMPO DE GIGANTES.....	101
5. EL RETORNO DE LOS BRUJOS.....	133
ESPACIO DE REVOLUCIÓN.....	155
6. NUEVAS IGLESIAS.....	157
7. LA IGLESIA UNIFICADA DE LOS AGRAVIADOS.....	179
8. REVOLUCIÓN.....	207
9. EL TRÁNSITO HACIA UN MUNDO FELIZ.....	291
BIBLIOGRAFÍA.....	329

INTRODUCCIÓN

Porque la vida es por lo pronto un caos donde uno está perdido. El hombre lo sospecha; pero le aterra encontrarse cara a cara con esa realidad, y procura ocultarla con un telón fantasmagórico donde todo está muy claro. Le trae sin cuidado que sus ideas no sean verdaderas; las emplea como trincheras para defenderse de su vida; como aspavientos para ahuyentar la realidad¹.

Este libro solapa una idea explicativa y mil y una tramas y enredos que, inesperadamente, aparecieron en los recovecos del camino. Es arduo, de lectura laboriosa, es complejo, turbador y extraño. Para mí, es carcelero: he sido su prisionero durante años. Plasmó en él mi masculina y egoísta mirada —la mujer mira diferente—; plasmo un regusto por desembalar la naturaleza humana, por arrancarle las máscaras que nos ponemos; de hecho, como comprobará el lector, mi pasión por desenmascarar celebridades está esparcida por todas sus páginas. También, y esto es de suma importancia, tengo siempre el rabillo del ojo puesto en la evolución humana.

Para construirlo con cierta gracia, me he peleado con el léxico de la historia, de la filosofía, de la sociología..., he sostenido cruentos combates con la sintaxis, y en ninguno de esos enfrentamientos he salido victorioso. Bueno..., he de decir que este libro que tiene usted entre sus manos no es el *libro al completo*, que en

1. (Gasset J. O., 2006, pág. 171)

realidad son tres los libros que forman tal unidad, y que este es el tercero de ellos.

De la naturaleza humana resalto un instinto animal al que llamo *de prominencia*. Es un instinto que poseen todos los primates gregarios y que es un arma decisiva para su éxito biológico, pues impulsa a obtener prelación en el aprovisionamiento de alimentos y en el apareamiento. En los humanos, dicho instinto presenta dos caras, una que nos impulsa a destacar, y otra, cuando nos sentimos impotentes para lograrlo, que nos impulsa a rebajar a quienes destacan sobre nosotros. Junto con los sentimientos, deseos y creencias, dan pie al comportamiento social y escriben la historia. Junto al instinto, resalto la ideología.

El ser humano es gregario, y ese carácter le hace proclive a sucumbir ante las ideologías. Tener una ideología (estar *poseído* por una ideología) le caracteriza a uno con rasgos del grupo ideológico de referencia. Pero la huella de la ideología en el hombre no se limita a tal caracterización, sino que hiende la conciencia y penetra en la estructura misma del *ser-en-el-mundo* de cada uno de los ideologizados. *Homo sapiens* busca su acodo y su fuente de pensamiento en lo ideológico, pues el pensar necesita de los cimientos y directrices que una ideología proporciona.

Lo ideológico atiende en la conciencia varios frentes. Uno de ellos, quizás el más básico, es el ético: mediante las lentes ideológicas juzgamos el mundo, dictaminamos si tal acto, tal suceso o tal individuo —en lo ideológicamente pertinente— se ha de categorizar en el ámbito del bien o en el ámbito del mal (los juzgamos correctos o incorrectos, buenos o malos, apropiados o inapropiados, útiles o inútiles...). Otra de las labores de la ideología es la de posicionarnos sentimentalmente frente al mundo. Tal labor deriva de la labor ética, pues al dictamen ético sobre un hecho se adhieren los consecuentes sentimientos sobre el sujeto responsable de tal hecho. Y, naturalmente, en cuanto al pensamiento, en todo aquello que le resulta pertinente, la ideología es el suelo sobre el que danzan las razones del pensamiento. Sin la base ideológica, las razones

se encontrarían danzando en el aire, sin un punto de agarre o de sustento.

Una ideología ha recorrido la geografía del siglo XX hasta implantar sus reales en el XXI con gran imperio. Es la ideología propia de esa construcción social y moral que denomino Iglesia Unificada de los Agraviados (IUA), que nace del tallo del marxismo para ir ampliando su ramaje mediante injertos diversos y que hace acopio también de raíces de plantas extrañas, cuando no exóticas. Bien mirado, la historia de la IUA es una rocambolesca historia; es, también, empleando una alegoría, el discurrir de un río al que vierten sus aguas afluentes numerosos. Si tal ideología nace con Rousseau y con Marx, principalmente, pronto tendrá la afluencia de riachuelos diversos hasta conformar una impetuosa corriente que pretende alcanzar el tranquilo mar del igualitarismo.

Marx, Hegel, Freud, Heidegger, Marcuse, algunos miembros de la escuela de Fráncfort de Meno, los filósofos del posmodernismo y también los grandes impulsores del feminismo, el animalismo y el ecologismo son analizados con rayos X y gastroscopia con intención de ver sus huesos y sus vísceras. Esto es, poniendo el foco en sus razones tribales, en sus razones pasionales y en sus razones intelectivas. Examino tal ideología como un producto que nace en los autores citados como reacción a sus experiencias y a sus condiciones de vida, pues el valor de sus ideas no se encuentra en la lógica que emplean, ni en su retórica, ni en la verdad de sus asertos, sino en la capacidad que muestran para producir espejismos y agavillar resentimientos.

Por debajo de esa ideología se encuentran motivos orgánicos: nuestra esencia cainita, las ansias de prominencia y el impulso del que se percibe impotente para alcanzar altura social, aquel que, como Procusto, desea rasar, cortar las extremidades a quienes poseen una altura mayor a la suya.

Este tercer libro se ha gestado mientras aún tiene lugar el combate que describe, un combate en el que las fuerzas igualitarias arrollan sin compasión a los representantes de la otra cara de la

prominencia. Razones pasionales, económicas, razones morales, ideas, mentiras, engaños, mafias políticas, ambiciones mesiánicas, en fin, hordas de agitadores en busca de un lugar al sol, se despliegan y combaten con todo tipo de armas y de locuras. Lo que es más importante: en este libro se desguzan las ideologías triunfantes, se rastrean sus orígenes, sus intenciones, su carácter religioso. El cuerpo donde se integran las huestes victoriosas, que denomino Iglesia Unificada de los Agraviados, toma la forma de un *río ideológico* que avanza de forma arrolladora en busca de un remanso donde nadie sobresalga. Es una iglesia que tiene las raíces de su credo en el sermón de la montaña y que lleva a cabo una revolución ideológica que pretende destruir todos los valores morales. A analizar dicha revolución, a desenmascarar los espejismos utópicos que proclama, a exponer la locura revolucionaria, la ambición de sus mesías y la impostura de sus profetas y de sus apóstoles se dedica este libro.

ESPACIO DE IDEOLOGÍAS

1: IDEOLOGÍAS E IDEÓLOGOS

Las ideologías totalitarias afirman que el Estado es la fuente de todo derecho. El énfasis liberal se coloca en que los seres humanos tienen derechos previos al Estado².

El siglo XIX nos cambió el mundo. Las gentes dejaron de pisar el terruño para pisar adoquines bien uniformados; cambiaron de atuendo hombres y mujeres; aprendieron a leer y escribir; las ciudades y las chimeneas crecieron; empezó a haber luz eléctrica en los salones, iniciaron su correr las bicicletas, los telegramas abreviaron las palabras, los inodoros se popularizaron, surgieron las máquinas de vapor..., y, ya cuando el siglo peinaba canas, hizo su aparición la máquina de escribir, el fonógrafo, el automóvil y el cinematógrafo. En orden sucesivo de causa, la ciencia, la tecnología y la industria hicieron que el mundo cambiase.

Dio comienzo el siglo en Europa con las ansias de poder de un nuevo Alejandro-César-Gengis Khan, un nuevo loco-macho alfa-gran hombre, Napoleón, queriendo ser el nuevo dios (o el nuevo azote de Dios) de este mundo. Pero en las alforjas de su corcel llevaba también la semilla de la bienaventuranza. En las élites vanguardistas de todo el continente sembró las ideas de la razón, la libertad y los derechos civiles. Las mismas ideas que habían conspirado contra el dogma religioso y que habían posibilitado la

2. (Marina, 2000, pág. 105).

Revolución Industrial inglesa, la Revolución francesa y la independencia de las colonias inglesas en Norteamérica.

Con la industrialización producida durante toda la primera mitad del siglo, la fisonomía de muchas ciudades se llenó de altas y humeantes chimeneas, de fábricas de ladrillo rojo que albergaban a cientos de hombres y mujeres, y de barrios de obreros que recién habían venido huyendo de la apacible miseria del campo. Ahora, las diferencias sociales entre unos barrios y otros, entre unas gentes y otras, son palpables. Ahora, también, los resentimientos se comparten en las fábricas. Para provocar un *incendio* solo es preciso agavillarlos. Y no resultaba difícil: la escasez de medios de subsistencia, las penalidades sufridas en el trabajo y la jornada, codo con codo, de cientos de trabajadores, agrandaban como un gran altavoz el eco de cualquier idea que atacase la desigualdad.

No es que no hubiese habido previamente potentes intentos de agrandar la herida del resentimiento en las clases obreras, ahí estaban los Babeuf, Buenarroti, Blanqui, Proudhom o Louis Blanc, pero resultaba necesaria una idea más cualificada y luminosa, una idea *más religiosa*, para *levantar* a los agraviados contra el sistema³. Aquel corcel de la Ilustración se había transformado en un corcel de la Revolución, pero corría sin riendas que controlasen y guiasen su frenética cabalgada. Excepción hecha de la *intelligentsia* y de las vanguardias revolucionarias, la moral cristiana seguía imperando en *el pueblo*. Sí, es verdad que las comunas de París de los años 1830, 1848 y 1871 habían descordonado el *hábito religioso*, pero Francia, Alemania, Rusia o España no eran París. Las ideas de París ganaban revoluciones, pero los votos de Francia eran monárquicos.

No se debe olvidar que el siglo trajo también el romanticismo, que no hacía buenas migas con la Ilustración, pero que casó con ella para bogar en pro del nacionalismo⁴ y constituir la nación

3. En la masa, las ideas multiplican su eco. La masa puede ser sugestionada con facilidad y movilizada, puede enfervorizarse hasta el estallido..., pero necesita ideas que la levanten.

4. En el siglo XX renacería en forma de ideología, con dramáticas consecuencias.

alemana y la italiana, e independizar a Grecia de los turcos. Pero, romanticismos y nacionalismos aparte, era evidente que las masas obreras del gran *monstruo*⁵ del siglo XIX, de la industria, necesitaban un nuevo dios al que adorar, por el que sacrificarse y por el que encandilar sus conciencias. Es decir, necesitaban una ideología religiosa que les apartase de la moral cristiana, a la que todavía estaban sujetos. El corcel de la revolución necesitaba unas riendas nuevas que pusieran orden en el caos.

Reseñemos, en palabras de Yuri Slezkine, el caos y el descontento en Moscú a finales de siglo: «El imperio hervía de profetas, adivinos y predicadores ambulantes⁶... «Todos esperaban el Gran Día. La mayoría de los profetas del Gran Día eran cristianos o socialistas⁷... «Los predicadores del apocalipsis cristiano eran obreros y campesinos; mientras que la mayoría de los teóricos de la revolución obrera y campesina eran estudiantes o «estudiantes eternos». Estos estudiantes eran por lo general hijos de oficinistas, clérigos, profesores, médicos, judíos y otros representantes del proletariado intelectual... Todos se sintieron herederos de una misión sagrada, extranjeros entre las personas a las que llamaban “el pueblo”⁸». «Todo el mundo hablaba el lenguaje bíblico del Pueblo Elegido y el sufrimiento por la humanidad⁹».

Si los cristianos de los primeros siglos de nuestra era esperaban el apocalipsis, la resurrección de los muertos y el juicio final, los proletarios esperaban, con pasión semejante, el momento de la revolución. Si los gnósticos y los padres de la Iglesia —los *iniciados* del cristianismo— vivieron apasionados debates especulativos sobre la carne y el espíritu o sobre la naturaleza de Cristo, la *intelligentsia* y las vanguardias revolucionarias de los países europeos industrializados —los iniciados del igualitarismo— debatieron con

5. En su sentido originario de mostrarse, de muestra.

6. (Slezkine, 2021, pág. 40) *La casa eterna*.

7. *Ibid.*, pág. 45.

8. *Ibid.*, pág. 46.

9. *Ibid.*, pág. 48.

ahínco la utopía por construir y el proceso de lucha para conseguirla. Unos y otros, las vanguardias obreras del XIX o las vanguardias religiosas de los siglos primero o segundo, parecen tener un gran deseo de desaparecer de este mundo, de escabullirse de la realidad. Así que su imaginación construye una idealidad y se aferran a ella, y la ponen en el centro de su corazón y en la primera línea de su conciencia. Construyen la idealidad del más allá celeste o del más allá comunista.

Unos y otros tienen *un pueblo* al que redimir, los *justos*, que son los cristianos en un caso, y los proletarios en el otro. Y si el siglo I tuvo a san Pablo, el XIX tuvo a Marx para crear una nueva iglesia. Una iglesia con sus valores, su paraíso, su dios, sus predicadores, sus esperanzas, sus dogmas. Con Marx, *la ideología se hizo carne*. Y fue la rienda moral que necesitaba el corcel de la revolución para dirigirse a su destino. Con posterioridad, ya en el siglo XX, a la ideología religiosa y a la ideología marxista se les unieron las ideologías de la gran patria y del gran pueblo: el fascismo y el nazismo.

I. LAS IDEOLOGÍAS EN SUS RASGOS

El ser humano es gregario y sucumbe ante las ideologías. Poser (estar poseído) por la ideología le acredita a uno su pertenecer y formar parte de un grupo de referencia. Pero la huella de la ideología en el hombre no se limita a tal acreditación, sino que hiende la conciencia y penetra en la estructura misma del *ser-en-el-mundo* de cada uno de nosotros. Lo *sapiens* del *homo* busca su acodo y su fuente de pensamiento en lo ideológico, pues el pensar necesita de cimientos y de directrices, de ahí que los episodios de la evolución humana nos facilitaran las disposiciones neuronales pertinentes para que la ideología se instale en ellas y supla tales carencias.

Lo ideológico atiende en la conciencia varios frentes. Uno de ellos, quizás el más básico, es el ético: mediante las lentes ideológicas juzgamos el mundo, dictaminamos si tal acto o tal suceso o tal individuo —si resultan ideológicamente pertinentes— se ha de

categorizar en el ámbito del bien o en el ámbito del mal (los juzgamos correctos o incorrectos, buenos o malos, apropiados o inapropiados, útiles o inútiles...). Otra de las labores de la ideología es la de posicionarnos sentimentalmente frente al mundo. Tal labor, como es obvio, deriva de la labor ética, pues al dictamen ético sobre un hecho se adhieren los consecuentes sentimientos sobre el sujeto a quien hacemos responsable. Y, naturalmente, en cuanto al pensamiento, en todo aquello que le resulta pertinente, la ideología es el suelo sobre el que danzan las razones del pensamiento. Sin la base ideológica, las razones de este carecerían de punto de agarre para construirse.

1. Colectivo, tribu, rebaño

¿Una ideología?: un vehículo al que se sube cierta gente con intenciones, propósitos y razones sentimentales muy diversas. Un número no pequeño de gente lo utiliza como vehículo para alcanzar el poder¹⁰. Siendo sinceros, podemos meter en ese saco a la inmensa mayoría de los políticos que nos gobiernan¹¹. De modo semejante, los intelectuales ideologizados —esto es, el sacerdocio laico— toman el «vehículo» con la intención no declarada de alcanzar fama, audiencia, rango social y/o peculio. Como es norma general, ni tales políticos ni los intelectuales defiendeobrereros jamás pisaron una fábrica; pero la defensa de los obreros por parte de quienes huyen del trabajo como alma que lleva el diablo ha tenido siempre mucho predicamento, y eso, al fin y al cabo, es lo que se busca. En otros, los más jóvenes generalmente, la rebeldía y la falta de talento propias de la edad es suficiente para dejarse abrazar ideológicamente. Su edad les pide destruir todas las cosas.

10. Podemos citar entre ellos a Fidel Castro, Lenin, Mussolini, Hitler, Moisés y...

11. Escarbando en su vida, encontramos ese motivo poderoso que es el resentimiento. Fidel Castro y Moisés eran bastardos, y eso, desde luego, crea resentimiento; Hitler era un donnadie con aires de grandeza, Mussolini había sufrido el repudio de sus compañeros socialistas y el hermano de Lenin había sido ajusticiado.

Muchos otros, a cualquier edad, son captados ideológicamente al sufrir la alucinación de creer que es posible alcanzar una vida y un mundo mejores siguiendo el sendero ideológico. Otros, en fin, buscan, sin más, un cálido aprisco con el pesebre bien lleno. Y, por último, sin ideologización, son multitud los que, sin subirse al vehículo, siguen su rastro o, más bien, se puede decir que son arrastrados, absorbidos por el vacío que deja al moverse. Siguen su estela como quien sigue una figura divina o quien peregrina a un lugar santo, devotamente.

Las ideologías arrastran consigo ideas, sentimientos y creencias; y es tan amplio, variado e impreciso su campo de operaciones que para su uso debemos recortarlas; y conviene quedarse —fijarnos— en las ideologías que han mostrado tener mayor relevancia histórico-social; esto es, las ideologías con tuétano religioso. Las que pretenden salvar el mundo o una parte de él; las que prometen un paraíso, un cielo, una Tierra Prometida; las que señalan un «enemigo» al que aniquilar; las que propugnan la existencia de una entidad suprema —Dios, comunismo, patria, nación— a quien adorar y por quien sacrificarse... El cristianismo, el islam, el comunismo, el nazismo, el fascismo, ciertos casos de nacionalismo... se corresponden con las ideologías de las que hablamos.

La ideología se atribuye, por tanto, la misión de salvar a un colectivo del *valle de lágrimas en que este se encuentra*. Esa señalización del *grupo escogido* y esa defensa y esa misión salvífica muestran inequívocamente el carácter tribal de las ideologías. No en vano, esos rasgos ya se encontraban en los mitos, en los espíritus, en la religiosidad y en los usos y costumbres de las primitivas tribus. También en la tribu el individuo era una mera parte del colectivo, y eso es un rasgo esencial en las ideologías. Las ideologías quieren formar una tribu con sus tótems, sus tabús, sus reglas para la cohesión, es decir, el gran empeño de las ideologías es el de formar un rebaño que se guíe por una sola voz, la suya, la que emana de ellas. El vigilante ojo reprobador del colectivo boga en labores de mantener la tribu alentada por un solo pensamiento ideológico.

El comunismo, el cristianismo, el islam, el fascismo, el nazismo, el movimiento etarra del País Vasco o el movimiento independentista catalán son ejemplos claros de ideologías que muestran la característica dicha. *Grosso modo*, podemos integrarlas en tres categorías: ideologías religiosas, ideologías de exaltación y supremacía del colectivo e ideologías del agravio.

2. Cómo debe ser el mundo

Otra de las características propias de las ideologías es que proporcionan principios éticos con los que juzgar el mundo. Si buena parte de las creencias que tenemos nos instruyen acerca de *cómo es el mundo*, las ideologías, en la parcela de la realidad que les concierne, alertan sobre la injusticia que preside esa realidad e instan a rechazarla y destruirla. Pero también —y en esto los adalides ideológicos ponen especial énfasis— nos dicen *cómo debería ser el mundo*. Para ello, las ideologías religiosas tienen normas morales y «verdades» que son dogmas a seguir. El Corán y los hadices del profeta en el islam, la Biblia y las doctrinas de las diferentes Iglesias en el cristianismo, aleccionan acerca de cómo el fiel debe comportarse en cada situación y de cómo debe vivir en comunidad. De igual modo, el comunismo propugna una sociedad igualitaria en la que cada individuo laboraría afanosa y alegremente por el bien común; el nazismo aboga por una sociedad alemana de hombres que abominen la debilidad y que dominen el mundo; el nacionalismo radical pretende una ilusoria Ítaca donde emergerían las arcaicas e impolutas raíces de sus gentes y de donde serían excluidos quienes carecieran de esos engarces. Como resulta evidente, todas esas ideologías construyen su paraíso mediante idealidades.

La gran patria alemana, el comunismo, el cielo cristiano o el cielo musulmán son algunos de las tierras prometidas por las ideologías, son los paraísos que podrán alcanzar quienes sigan las doctrinas y cumplan con los dogmas, quienes hagan suyos los principios: *justicia = igualdad*, *Dios es la justicia* o *es justo que la raza más poderosa domine a las demás*.

3. Nosotros y el enemigo

Puesto que la ideología determina los caracteres representativos de la tribu, es decir, sus mitos, sus valores, sus tabús, sus tótems, dioses, espíritus y su organización social, también delimita la comunidad, esto es, establece un «nosotros» y un «ellos», los que pertenecen a la comunidad y los que no. Consecuentemente, con los primeros es posible la compasión, la ayuda, el altruismo, la cooperación; en cambio, con «ellos» no es posible ni deseable llevar a cabo dichos actos. Aún se produce otra categorización más radical en la conciencia de los miembros de la tribu, la del «enemigo». Contra este *todo vale*, cualquier violencia está permitida, cualquier acción destinada a su destrucción es lícita. Israel es el enemigo del islam, incluso, en el sentido estricto del Corán, cualquier infiel —si no pertenece a una de las *religiones del libro*— se ha de convertir o morir. Los judíos y los musulmanes eran los enemigos de la cristiandad cuando estaba en el esplendor de su poder. Judíos, gitanos y humanos con lacras biológicas fueron los enemigos del nazismo. España es el enemigo del independentismo catalán. Los burgueses y los *kulaks* eran los enemigos del comunismo soviético (en realidad, era considerado enemigo quien fuera nombrado así por el líder supremo o por sus esbirros más directos). El capitalismo es el gran enemigo de la izquierda en todo el mundo...

4. Liberación

Las ideologías nacen con el propósito de salvar, redimir o liberar a una determinada población. El fundamento del judaísmo fue la liberación de los judíos de Egipto por la intervención de Jehová. El mesías Moisés guio a su pueblo través del desierto hasta la Tierra Prometida. Las Iglesias cristianas nos salvan de este *valle de lágrimas* y aseguran un más allá eterno y dichoso a quienes siguen sus doctrinas y dictados. El islam colorea de bellas huríes tal paraíso. El comunismo, cuyo pueblo elegido era el *proletariado* —los diri-

gentes comunistas han cambiado de *pueblo* en la actualidad—, pone en la conciencia de sus seguidores un idílico paraíso terrenal igualitario. En él brotará la innata bondad que Rousseau atribuyó a los seres humanos, de manera que las gentes serán felices por siempre jamás, sin jefes ni patronos. El nazismo configura su paraíso en una patria grande y poderosa que domine al mundo con mano de hierro donde el ario alemán, por su sentimiento de superioridad y su dominio sobre las razas inferiores, se sentirá en el cielo.

Esta semejanza entre las ideologías religiosas y las ideologías laicas en cuanto a propósitos se encuentra también en cuanto a las formas de organización social de unas y otras, todas totalitarias; también en cuanto al esquema religioso y jerárquico; y, ¡atención!, en cuanto a considerar que el fin justifica todos los medios.

II. ESPEJOS DEFORMADOS Y ABERRACIÓN CROMÁTICA

Una ideología es una pantalla a través de la cual miran sus seguidores el mundo. La pantalla no se ilumina por igual: una parte de la realidad queda siempre entre sombras. De ahí que los seguidores prefieran las zonas luminosas, los mundos de fantasía e ilusión. En esos mundos de fantasía se ven singulares espejismos, se ven figuras deformes, se toma un canon de colorido como inobjetable verdad, la idealidad sustituye a lo real, se sufre ceguera selectiva y cada cual ve lo que quiere ver.

A través de la pantalla socialista-comunista, el capitalismo es culpable de todos los males del mundo. En esa misma pantalla se proyecta el relato titulado «La gallina de los huevos de oro», y con grandes y luminosas letras la pantalla nos dice que «repartiendo el dinero de los ricos todos seríamos ricos». En otra pantalla se ilumina la leyenda: «Los judíos son los grandes enemigos de la humanidad». En aquella otra: «La propiedad privada es el origen de todos los males». En esta: «El comunismo es el paraíso de la libertad». «Todo es voluntad divina», advertimos escrito en una pantalla

religiosa. «La causa de los males de la nación catalana es España», se muestra en una pantalla nacionalista...

1. Vivir de la idealidad

Escribe Jean-Françoise Revel que «la ideología se fundamenta en una comunión con la mentira, implicando el ostracismo automático de quienquiera que rehúse compartirla». Lo cierto es que resulta muy arduo, en los propagandistas de la fe, o simples intelectuales ideologizados, deslindar lo que tienen de ciegos y lo que tienen de impostores, lo que es fanática obsesión ideológica y lo que es vivir del engaño. Pensemos en tanta intelectualidad de izquierdas tan cómodamente asentada en la sociedad de consumo del siglo XX en cualquier país de Occidente, que decían defender una vida en libertad y llena de derechos ciudadanos, pero que clamaban a favor del comunismo en la URSS o en la China de Mao, en donde no existían ni libertad ni derechos. ¿Cuál hubiera sido su reacción en caso de que se hubiera impuesto el comunismo en Francia, o en Alemania, o en EE. UU.? Imaginemos al *comunista* Picasso viviendo en la URSS o al homosexual Foucault viviendo en el Irán de los ayatolás, o imaginemos al disoluto Sartre viviendo en la severa Revolución Cultural china. Sin embargo, con su pertenencia al PCF, Picasso hacía el juego a la represión de las libertades en Rusia, Foucault lanzó magníficas loas en pro del ayatolá Jomeini y Sartre defendía con empeño y desvergüenza la libertad de prensa en la URSS y ensalzaba la figura de Mao y de Jomeini.

¿Acaso desconocían la tiranía, la represión y las muertes que provocaron esas dictaduras? Sí, lo sabían, pero su conciencia se negaba a mirar en esa dirección. Como si la ideología comunista pusiese un punto ciego en su visión; como si les aplicara unas gafas negras que les impedía ver la realidad de esos lugares; como si solo vieran lo que querían ver; como si en vez de la realidad del mundo viesan un espejismo. O también podemos pensar que no eran tan ciegos, sino que más bien era un *no querer mirar porque*

vivimos plácidamente pastoreando en este redil ideológico. ¡Es tan gratificante defender el comunismo desde nuestras residencias, desde la Universidad, defender la idealidad comunista desde muy lejos de la realidad comunista! Nos brindan magníficos ejemplos de esto: los cientos de intelectuales de izquierda que visitaron la URSS cuando la represión, la falta de libertades, el hambre, los gulags y los fusilamientos en masa estaban en pleno auge. La mayoría de ellos¹² volvieron de la visita cantando aleluyas al sol de la humanidad que habían visto con sus propios ojos. En fin, la ideología impide ver lo que no se quiere ver.

¡Y el ideólogo también está para tapan la realidad! Cayó el Muro y todas las miserias y podredumbres quedaron al descubierto, y Occidente quedó noqueado al descubrir a cientos de millones de personas encerradas en una inmensa prisión. Levantaban los brazos hacia el sol como quien ha vivido en una tenebrosa gruta durante lustros. Pero muchos intelectuales de Occidente estaban al tanto y callaban mirando hacia otro lado. Por ejemplo, Neruda cantando al genocida Stalin con toda su pasión. Por ejemplo, los miembros de la escuela de Fráncfort atacando el capitalismo en EE. UU. y callando todo cuanto sabían de la URSS. Y lo mismo ocurrió con casi toda la intelectualidad ideológica europea. ¡Incluso justificando los crímenes del comunismo! Pero, claro es, vivían de ello, recibían adoración y rango académico por ello. ¡Gratificada impostura!

III. VENTAJAS Y BENEFICIOS DE LAS IDEOLOGÍAS

Disponemos de instintos y emociones frente a las amenazas y los peligros. En el hábitat selvático, la evolución se encargó de automatizar nuestra conducta para evitar las dudas en la acción

12. (Escohotado, *Los enemigos del comercio III*, 2016) nos ofrece una lista ingente de estos intelectuales. Bernard Shaw, el matrimonio Webb, H. G. Wells, E. H. Carr, Lukács, Marleau Ponty, Sartre, Neruda, Arthur Koestler, Breton, Paul Nizan, la Pasionaria..., poniendo objeciones Bertrand Russell y solo describiendo la realidad el socialista Fernando de los Ríos.

que emprender cuando está en juego la supervivencia. Las tribus se dotan de rituales, tabús, tótems, leyes para la caza de tal o cual animal, normas de venganza, normas de ayuda, etc. Con tales medios —impulsos y creencias— se automatiza la conducta social. Cada cual sabe cómo debe actuar cuando un sujeto del clan A roba un cerdo que pertenece al clan B, o sabe cómo debe repartirse la caza, o el castigo que recibir por determinada acción. La ideología cumple en las modernas tribus esa misma labor de automatizar la conducta. Dudar podría conllevar dolorosas consecuencias. Un religioso, un comunista, un fascista, un independentista catalán o vasco saben qué revistas son las que deben comprar y leer, qué cadenas de televisión ver y cuáles evitar; a quién considerar enemigo y a quién no; qué opinar sobre determinados asuntos y qué criterios tener para juzgar un cierto aspecto social. Todos ellos tienen su protocolo de actuación de acuerdo con los dictados ideológicos. La ideología reparte el mismo tipo de traje a todos sus secuaces; algo así como el uniforme que llevaban puesto todos los chinos en la época de Mao. Todos los trajes están cortados por el mismo patrón y todos tienen el mismo color. Que nadie busque en los secuaces ideológicos distinciones doctrinales ni diferencias de juicio acerca de la paz, acerca de la guerra o acerca de esta o aquella cuestión social. La unanimidad de opinión hace rebaño.

1. La ideología es un *software* que modifica el *hardware* neuronal

En la mente de los fieles, la ideología comienza siendo un solucionador de dudas, especialmente para aquellos de mente obtusa o perezosa. Pone a los pies del creyente un camino por recorrer y pone hitos en ese camino y horizontes y espejismos. El creyente no necesita interesarse por los accidentes geográficos que van apareciendo, tan solo ha de andar el camino. Pero una vez que ha hecho el trayecto, una vez que ha abierto un ámbito afectivo y se ha hecho con una posición social, ya no hay vuelta atrás. El mundo se cierra tras él. Su pasado, sus amistades, sus esperanzas, su posición social,

los cargos, los pesebres... quedan ligados al camino. De recular, perdería todos esos bienes. Del aprisco ideológico es muy difícil escapar. Cuando el líquido ideológico se desparrama por la conciencia y coloca en ella una fantástica ilusión, esta empieza a dictar el juicio, la razón, el sentimiento, la acción, el devenir..., le dice al individuo *mira aquí, rechaza aquello, odia a aquel, alaba a este, lee tal cosa, el futuro será así...*, y la ideología va generando en el individuo una pasión religiosa hasta convertirlo en siervo, en esclavo. Se convierte en esclavo doblemente: por un lado, esclavo ideológico, es decir, se somete a los criterios y juicios que emanen de la doctrina, y, por otro lado, un esclavo de la colectividad, de todos esos ojos que vigilan para que la fe se mantenga. El individuo, por comodidad, desidia o simpleza, reniega de tener sus propios criterios y hace suyos los de la colectividad. Cuando la ideología alcanza la cúspide del poder cultural y moral, la colectividad construye un Estado que debe controlar el mantenimiento de la fe en toda la población. De ahí que toda ideología lleva en sí el germen del totalitarismo. Da igual que sea ideología fascista, comunista, religiosa..., todas siguen el mismo propósito, todas son totalitarias en cuanto toman el poder.

La ideología socialista o comunista pertenece al grupo de *ideologías del agravio*, cuya fuerza, al estar sostenidas por resentimiento, iguala o supera a la fuerza que muestran las ideologías religiosas. Las ideologías del agravio claman por hacerlo desaparecer de la sociedad. La igualdad en lo económico, en la posición social, en el rango, en los derechos, e incluso en las capacidades y posibilidades, ha de ser norma; se ha de conseguir que la envidia no tenga razón de ser. Es su pretensión que en cada ámbito de intereses la igualdad sea impuesta y sea eterna.

En la pretensión dicha, el marxismo siguió unos determinados pasos. El primero es el de *magnificar el agravio y calificarlo de injusto*, favoreciendo que crezcan la envidia y el resentimiento en las gentes agraviadas. En segundo lugar, *se señala un enemigo* —burgués, empresario, capitalista—, al que se responsabiliza y se culpa de las

penurias y males que sufren los agraviados. En tercer lugar, se presenta un argumentario que expone la ineludible llegada de la igualdad, *del fin del agravio*. En cuarto lugar, se inculca en la conciencia de los agraviados el difuso espejismo de una sociedad futura feliz sin agravios; esto es, se inculca la esperanza de un mundo futuro perfecto. Tales pasos están en Marx.

Una imagen de la informática nos ayuda a descubrir el manantial del que las ideologías se alimentan y desarrollan su potencia. Conocemos el poder de cambiar nuestros circuitos neuronales que una ideología ejerce. Podemos considerar las ideologías como un *software* que actúa sobre los circuitos neuronales de manera semejante a como un virus actúa en las células¹³. El *software* ideológico altera los circuitos y sus conexiones, altera la formación de esos circuitos¹⁴ e impulsa a ser inoculado en otros cerebros, a replicarse en cerebro ajeno. Ese *software* es así de poderoso porque modifica el *hardware*¹⁵ en el que está inscrito y protege cualquier modificación mediante la acción de los sentimientos. Pero el *software* de las ideologías del agravio es especialmente perverso: se levanta con la pretensión de infundirse en todas las conciencias, la de replicarse en todos los cerebros la pretensión de que en todos ellos el agravio se categorice como injusto. Es explicable: como la finalidad es acabar con el agravio y toda diferenciación causa agravio comparativo, nadie debe destacar por sus cualidades, capacidades, riquezas o consideración. Por lo tanto, la ideología del agravio ha de ser impuesta en todas las conciencias. De ahí que las ideologías del agravio presentan un carácter totalitario.

Como ocurre con el programa de *software* Linux, el *software* de la ideología del agravio es un *software* libre que va siendo retocado o reelaborado con el tiempo, reforzándose y ganando efectividad al fin de replicarse en la conciencia de las gentes. Es un virus en el

13. Pudiendo alterar el ADN y la expresión genética, y replicándose.

14. Circuitos a cargo de la percepción, circuitos a cargo de encauzar sentimientos y de dar base al razonar...

15. Modifica la configuración de las redes neuronales.

que se producen constantes mutaciones, algunas de las cuales serán seleccionadas por el medio y pasarán a formar parte del acervo moral de una parte de la sociedad. El virus, la ideología, va, así, conformando la conciencia moral de la sociedad¹⁶.

La ideología del agravio, por la evolución mencionada, ha sufrido importantes cambios en relación con la que formularon Engels y Marx. Es mi propósito analizar esa evolución, y como parte de ese proyecto intentaré mostrar cómo el virus, la ideología, percute con facilidad y fuerza en los jóvenes enfervorizándolos, enrabian-do sus corazones¹⁷ con espejismos de injusticias. Nos acercaremos a observar cómo las ideologías del agravio son utilizadas por los mesías redentores como vehículo de sus fines de poder y grandeza.

2. Yo, robot

Si la ideología automatiza buena parte de la conducta social de un individuo, bien se le puede considerar robotizado, pues como un robot se suele comportar en relación a los dictados del líder y a los dogmas ideológicos. Recuerden las leyes con que dotó Isaac Asimov a los robots en su famosa novela *Fundación*¹⁸. A las masas ideologizadas se les dota con leyes muy semejantes. Quienes hayan entrado en el nudo mental de una colectividad de ese tipo habrán podido observar que sobre ellos imperan estas tres leyes: primera

16. Podemos imaginar un *software* de tipo ideológico, muy potente, hipnótico, con gran poder replicante, que unos alienígenas inocularan en el cerebro de algunos de nosotros, y que mediante el boca a boca o mediante las redes sociales y los *media* persiguiese la finalidad de apoderarse de la voluntad de todos los humanos.

17. En los días de junio de 2020 asistimos a un amago revolucionario por parte de los denominados antifas (antifascistas) en Chile y EE. UU., y en su acción, excepto por matices insignificantes, un observador que desconociera la afiliación de estos revolucionarios no distinguiría si se trata de nazis o de bolcheviques, aunque mirando en profundidad se trata de la vivificación y representación de los guerreros de una tribu en busca de un enemigo al que destruir. La naturaleza se quita la máscara ideológica y se pronuncia desnuda.

18. 1.^a Ley: un robot no puede atacar a un humano ni dejar que se haga daño. 2.^a Ley: un robot debe obedecer las órdenes humanas si no van contra la primera ley. 3.^a Ley: un robot se debe proteger a sí mismo si en ello no hay conflicto con las dos primeras leyes.

ley, un buen secuaz debe seguir el criterio y la opinión del líder; segunda ley, un secuaz debe defender la ideología y al colectivo ideológico si no hay conflicto con la primera ley; tercera ley, un secuaz debe aprovecharse de forma legal o ilegal de todo cuanto pueda si no hay conflicto con las dos primeras leyes.

En fin, remarquemos que las condiciones de idealidad que tiene una ideología, entre ellas la de prometer paraísos y la de idear cómo el mundo debería ser, hacen que un sistema de ideas como los que forman el capitalismo no se puedan considerar ideologías, ya que se apoyan en la realidad y no en la idealidad, y no prometen utopías.